

## CAPÍTULO VIII

Historia de Pepe el Diablo. — Bofetón sin mano. — D<sup>a</sup> Rufina.  
— La loca. — El clavel. — Jugar por tabla.

Excusado me parece, hermano, contarte nada de primeros años de infancia; pues como hijo único de un pobre ranchero, que por la independencia de su patria sacrificó sus intereses, y cuando volvió al seno de su familia se estableció de nuevo á ver si lograba, en fuerza de su continuo trabajo, buscar su suerte: casó con una pobre como él, y nunca pudo conseguir más de ir viviendo medianamente; por lo que así fué también mi educación, que se redujo á medio leer, escribir y hacer algunas cuentas; mas sin embargo de sus cortas proporciones, se empeñó, á costa de grandes sacrificios, en meterme al colegio. Estuve cerca de tres años en el Instituto literario de Toluca, en donde á fuerza de fuerzas aprendí á masticar la Gramática. A causa del fallecimiento de mi señora madre, que costó también grandes sacrificios á mi padre, gastó cuanto tuvo y aun se empeñó por medicarla y asistirla bien en su larga enfermedad, ya no hubo recursos con que poder volverme á poner en el colegio, agregándose á esto que yo ya tenía catorce años, y más me gustaba andar á caballo y trabajar en el campo, que continuar los estudios, lo cual se lo dije francamente y accedió á tenerme á su lado, acompañándolo á desempeñar el destino de mayordomo de dos hatajos de mulas de las haciendas de Caspi y Caro, que tenía á su cargo y andaban en el camino real.

En uno de tantos viajes como echamos á México, conduciendo trigos para los molinos, nos embargaron y fuimos á dar hasta Veracruz. Con lo que pudo mi padre cobrar de fletes y otros que tuvimos de regreso se presentó al patrón, quien no queriendo continuar con esa empresa, convino en dejársela á

mi padre y recibir su dinero en varios plazos. Se proporcionó volver al puerto con la conducta, conseguir cargamento; y en dos años que tuvimos regulares, quedaron los dos hatajos con ochenta y cuatro mulas sólo nuestras, y poco á poco íbamos mejorándolas. Comenzaron á establecerse los carros, las revoluciones á multiplicarse, y la arriería vino á dar á tierra. Para no estar de ociosos en el tiempo de la mala estación en el puerto, tomábamos carga en las villas conduciendo tabaco del estanco, y desde entonces conozco el ramo.

En una de tantas revueltas fuimos embargados por el general Mejía, que estaba pronunciado contra el general Santa Anna, y se dieron los contendientes una buena agarrada en Acajete, en donde pereció el primero después de haber casi triunfado del segundo. Nosotros llevábamos cargado parque y municiones, y en dos por tres nos desperdigaron las mulas: á cada paso venían ayudantes, uno arrea con diez ó doce mulas para un punto, otro para otro con otras tantas, haciendo andar listos á los arrieros á cintarazos, y al trote cargaban con lo que podían. La cosa cada rato era más comprometida, las balas silbaban en todas direcciones, y todo era confusión, grita, carreras: se mezclaron los contendientes, y tanto unos como otros peleaban desesperados, envueltos en una nube de humo, sin escuchar las voces de sus jefes ni el sonido de los clarines: parecía aquello el día del juicio. Nosotros, azorados y metidos en aquel torbellino, corríamos á la ventura en solicitud de nuestras mulas, temiendo á cada instante recibir alguna del diluvio de balas que nos aturdíán: en vano nos expusimos demasiado; los arrieros, asustados, las abandonaron, otros perecieron, y por fin, no tuvimos más recurso que ver cómo escapábamos el pellejo, huyendo y ocultándonos prontamente por aquellas barrancas, sin más que dos mulas que pudimos lazar entre toda aquella tormenta: al trastumar una lomita una bala de cañón mató á la mula que mi padre montaba; le dí la mía, le eché un brinco á una de las aparejadas, y con el Jesús en la boca, á todo riesgo nos apartamos, yendo á parar hasta Huamantla, á donde llegamos ya muy noche. Por más que hice porque volviéramos á ver si algo rescatábamos, no quiso mi padre acceder, sino hasta el tercer día en que, después de andar por todas aquellas lomas, cubiertas

aún de cadáveres que estaban recogiendo, había más de cincuenta de nuestras mulas aventadas, y ni quien diera razón del resto, conformándonos con sólo recoger dos heridas que estaban revueltas entre las pocas que quedaron de los trenes de artillería y volvernos al pueblo. De allí salimos á los cuatro días con tres tercios de tabaco que generosamente nos fió un cosechero, juntándonos con otros chinchorreros que comerciaban con la Rama; y ahí tienes mi primer paso de contrabandista de ese ramo. A los cuatro ó cinco viajes, no le fué ya posible á mi padre seguir esa penosísima carrera y solicitó un acomodo, logrando colocarse de caudillo en la hacienda de... del Departamento de Querétaro. Mientras que su merced quedó encargado de aquellas estancias, yo, que contaba veinticuatro años, seguí en la empresa con seis mulas regulares haciendo de amo y criado, sin más compañero que este *Chango* que viene con nosotros, es desertor, y por su cara tan rara y chocante todos le llamaban así y él entiende con ese nombre: no tiene familia, me ha salido fiel, es muy hombre de bien y atrevido. Así iba yo poco á poco progresando, con el empeño de ver cómo conseguía quitar á mi padre de servir, volteando cosa de seiscientos pesos que tenía de puntero: ya había comprado tres excelentes caballos y me presentaba á las gentes siempre muy lujoso, manteniendo en buen estado las antiguas y muchas relaciones que tenía por aquellos contornos mi señor padre, y otras más nuevas con mis marchantes.

En una de tantas veces en que estaba yo en la habitación de mi padre, un rancho bastante distante de la hacienda en el centro de las Estancias, recibió orden de echar una recogida y tener listos cincuenta toros para un coleadero; pues estando próximo el cumpleaños de la dueña de la hacienda, había dispuesto el amo grande ir á pasarlo allí con toda la familia y hacer clásica la celebración. Como joven y afecto á las travesuras, me alboroté y suspendí mi viaje para no perderlas.

Como siempre me iba con mis mulas hasta el rancho, pocas veces bajaba á la hacienda; sólo tenía una mediana relación con el administrador y su familia, y ningún conocimiento con el amo grande que habitaba en la ciudad, en donde tenía comercio y otras fincas. Anduve con mi padre y los vaqueros

echando las recogidas, poniendo mis caballos descargados y listos, ansiando porque cuanto antes llegara el día 12 de Agosto, en que de muchos años atrás se acostumbraba celebrar en la hacienda el día de Santa Clara. Llegó por fin el día tan deseado, casi ni dormí de inquietud; pues desde la víspera dispuse todos mis avíos, la mejor ropita, y la noche me pareció eterna. Desde bien temprano nos dirigimos, arriando aquella punta de ganado, con mucho cuidado para que llegaran frescos; y mientras mi padre con los vaqueros se fueron á encerrarlo al corral, yo me dirigí solo para el despacho á saludar al administrador: no estaba éste allí, pero me salió al encuentro un viejo gestudo, muy mal encarado, triguero, panzón, vestido con pantalón de paño, chaleco de terciopelo morado, chaqueta blanca de lienzo, sombrero fino de vicuña amarillo y una montera verde de seda en la cabeza. Correspondió á mi saludo, suponiéndose que yo era alguno de tantos convidados á la función, me instó para que me apeara, mandó meter mi caballo y me obligó á que tomara asiento en el despacho, recibiendo con gusto un puro que le ofrecí, al que paladeaba continuamente haciendo mil elogios de su buena calidad, renegando de los malísimos del estanco, platicando de mil cosas indiferentes con mucha jovialidad; entró el administrador, y saludándome con confianza, me dijo al darme la mano: Qué gusto, D. Pepe, que es vd. de los nuestros, yo ya lo hacía muy lejos. — Ya me ve vd. aquí, Sr. D. Luciano, contesté, supe de esta diversioncita y suspendí mi viaje. — ¿Y qué tal vamos de negocio? — Así así, amigote, el tiempo no ayuda y cada día la cosa se pone fea. — Ahora veremos lucir esa percha de buenos caballos, ¿y cuántos ha traído para divertirse? — No tengo más que tres, y pocas han de ser tres docenas de cuartas para acabárselas, son unos pobres cacomiztles que no podrán competir con los que vengan, me conformaré con sólo estirar las cansaditas: sigan vds. platicando, que voy en un instante á poner una cartita. Y se puso á escribir en el extremo de la pieza.

Quando estaba el amo grande haciendo mil alabanzas del puro que le di, entró mi padre con su sombrero en una mano y sus espuelas en la otra, diciendo: Tenga su merced muy buenos días, señor amo. El tal amo le dió la espalda y no se dignó contes-

tarle, sino que como molesto de verlo allí parado, sólo le dijo al tiempo de despedir una bocanada de humo, con el tono más despreciativo: — ¿Qué hay? — Ya está en el corral el ganado que se me mandó bajar. — ¡Bueno, bueno! le contestó acabándole de dar la espalda y haciéndole seña con la mano para que se largara. Con licencia de su merced, dijo mi padre, y muy abochornado se salió para fuera, mientras que el tal amo no se dignó ni siquiera dirigirle la vista, sino que con enfado exclamó: ¡Qué gente tan necia, principalmente este viejo chocante! — D. Luciano le interrumpió, dándole á leer la carta que había acabado de escribir; y yo, con pretexto de aflojar la silla á mi caballo salí para el patio, con ánimo de no volver á atravesar palabra con semejante hombre, que desde que lo vi me infundió odio: mientras alegraba la silla, escuché el diálogo siguiente: — ¡Qué joven este tan simpático! dijo el amo; se conoce que tiene buenos principios, se viste bien, ensilla bonitos caballos y fuma magníficos puros. — Sí, señor, respondió D. Luciano: el muchacho es trabajador, y como no es vicioso, le luce lo que gana. — ¿Qué es mucho su capital? — No, señor, seis ó siete mulas y cuatrocientos ó quinientos pesos que trae en revoloteo; como su padre trabaja también por otro lado, no le es gravoso y va poco á poco haciendo su suerte, aunque á costa de mil peligros. — ¿Pues en qué se ocupa? — Está comerciando en la Rama, va á Huamantla á cargar tabaco y... — Ya no quiero saber más, es un ladrón: con razón dijo hace poco, que no se hacía gran cosa, que el negocio cada día se ponía más feo; pues sí ahora no se juega, el general Santa-Anna ha dado una ley para colgar en cualquiera parte á todos esos bandidos y perseguirlos sin tregua: ya no me espanto de que fume buenos puros. ¡Puf! ¡Yo no sé para qué le recibí éste que apestá á demonios! ¡Quién sabe á qué infeliz se lo quitaría! y lo arrojó de sí. ¡Con razón ensilla buenos caballos y anda tan planchado! — Está vd. en un error, señor, este joven no es salteador, sino únicamente contrabandista. — ¡Qué me quiere vd. decir, D. Luciano, si conozco bien á todos estos pillos! Eso del contrabando, es la capa con que se cubren, pero todos son lobos de una misma manada: contrabandista es sinónimo de ladrón; pero ¿quién lo ha convidado? ¿Qué mano que

en un descuido se nos meten aquí quince ó veinte de su cuadrilla y nos dejan hasta sin camisa? — Deseche vd. su temor, lo conozco demasiado, es hombre de bien, es hijo de tío Casimiro, el caudillo de las Estancias, ese que no hace mucho que vino á avisar del ganado. — Pues eso está peor, D. Luciano, el día menos pensado anochecen aquí los animales de la hacienda, y van á amanecer á Huamantla, nos echan una recogida, y ojos que te vieron ir. — Todo lo contrario, señor, los contrabandistas como éste son el azote de los macutenos; yo creo que esa circunstancia ha contribuido mucho para que no se siguieran aquí extraviando más animales: les habrá mandado ese muchacho que echen su gato á retozar por otro lado, para que no comprometan á su padre, y eso nos ha servido de mucho; tanto, que este año no sólo tengo agostando á las manadas mansas, sino que mandé subir las emburradas y hasta mis caballos de silla. — Sin embargo de todo eso, yo no transijo con esa canalla; el viejo ése será un hipocritón de marca, que oculta allá en su rancho los robos de esa pandilla: será su tapadera, y no en balde me repugna su presencia. Procure vd. cuanto antes pedirlo; pues mientras eso no sea, no he de tener tranquilidad: no quiero que mi casa sea abrigadero de bandidos, ni que nos custodie semejante polilla. ¡Vaya con el D. Pepito tan descarado, que se nos viene ahí presentando hecho un condesito, dándose tono con sus buenos puros! ¡Ojalá viera yo á todos estos gandules colgados del pino más elevado! y... Les interrumpió su diálogo una porción de convidados que llegaron en ese momento.

Yo estaba hecho una ascua oyendo mis ausencias y el vil concepto que ese miserable se formó de mí, desde que supo que era contrabandista de la Rama. La sangre se me subió á la cabeza, lleno de cólera apreté los puños, pensé meterme y darle á aquel hombre una punta de zoquetazos; pero más creció mi furor, cuando se refirió á mi padre: maquinalmente encogí la pierna, aflojé el puñal que llevaba en la bota, y ciego me iba á precipitar sobre él, á darle de puñaladas, cuando cortaron su diálogo los convidados que llegaron, y á ese tiempo también salían por la puerta del jardín la esposa de D. Luciano, con una porción de niñas cargadas de flores: ella se me interpuso, diciendo: —

¿Qué milagro, D. Pepe, á qué santo le encendemos la vela? — ¿Qué hace vd., D<sup>a</sup> Guadalupita? le contesté, sintiendo mi frente bañada de sudor y queriendo disimular mi cólera. — El cielo nos lo ha traído, ande, venga á ayudarnos á componer la mesa, vd. que es hombre de gusto. — Yo no sé de esas cosas, señora, soy un topo para... — No, no, ande por vida suya, y me tomé de un brazo; otras chiquillas se me agruparon. Y casi á fuerza me metieron para adentro, sin poderme resistir á su empeño. Conforme nos pusimos á formar ramilletes é ir colocando con simetría los platos, botellas y demás cosas, me fui serenando; y después de mil pensamientos, me ocurrió al fin tomar desquite de la manera más célebre que jamás hubiera imaginado, y fué, vengarme á mi sabor á lo decente, es decir, que con hechos y por boca ajena solito se convenciera el dicho amo de que estaba en un error, que desvaneciera el vil concepto que se había supuesto de nosotros; y que aunque mi padre estaba de caudillo en su casa y lo veía vestido de cuero, era un hombre honrado, y yo, en mi tanto, un caballero, no un bandido, á pesar de ser contrabandista de la Rama: tomada así mi resolución, me propuse aparecer como de casa procurando hacerme el necesario. Cuando estuvo todo listo, D<sup>a</sup> Guadalupe se fué á avisar á las señoras que estaban en la sala, y yo partí para el despacho á dar parte á los señores. Salí sin sombrero, con las mangas de la chaqueta arremangadas, luciendo mis finos puños de camisa y como por descuido un tirabuzón en la mano, diciendo: Señores, ya está lista la mesa, se enfría el almuerzo. Al verme entrar, de improviso se pararon todos, los más eran nuestros amigos y conocidos; por lo que sorprendidos, me acogieron benignamente, unos abrazándome, otros dándome cordialmente la mano, y todos celebrando encontrarme allí, porque se suponían que yo estaba en viaje. Como los principales me manifestaron tanto aprecio, comenzó desde luego á surtir buen efecto mi venganza: el amo me miraba como dudoso y contestando por mí á las preguntas de que, ¿por qué casualidad suspendí mi viaje? dijo: Es de casa y yo le estimo mucho que no nos haya abandonado, No hablabas así hace un rato, miserable, decía yo para mí; y dirigiéndome á él, continué: Como supe, señor, que vd. venía, preferí perder unos cuantos

días de trabajo, por gozar la satisfacción de estar en su apreciable compañía, basta que mi señor padre sea su dependiente y vea el singular aprecio con que lo trata, para que eso me obligue á vivírle agradecido. Recalqué mis palabras con tal veneno, que si no fué un bestia debió conocer que había escuchado su conversación con D. Luciano y hablaba con ironía: disimuló el pullazo y solamente se mordía los labios, cambiando con el administrador una mirada, que ellos le daban distinto significado. En esto llegó el subprefecto y juez de letras que, encontrándose con mi padre en el portal de afuera, se entretuvieron platicando con mucha cordialidad: el amo lo advirtió y volvió á morderse los labios, mientras D. Luciano sonreía, como dándole á entender: ¿No te decía que eran vanas tus sospechas? También me trataron muy bien; por fin seguí instando para ir á la mesa, y ya que iban á entrar, volví la cabeza y le grité á mi padre, que estaba en el portal recargado en un pilar: — ¡Señor padre, venga su merced á almorzar! — Vayan vds., me contestó; vayan, porque espero... — ¡Qué espero, ni qué espero! repetí, saliéndome para fuera y dejando á todos parados. — Ande su merced, que los señores aguardan. — Anda, véte, hombre, yo iré después á la cocina con los vaqueros. — ¡Qué cocina ni qué vaqueros, señor, si vd. no es menos que ninguno, es el caudillo, es el segundo administrador! — No muelas, me dijo con tono de enojo; véte, déjame en paz. Entonces, mirando que en vano sería porfiar, me metí para el despacho, y tocándole el hombro al amo, le dije delante de todos: Señor, si vd. no llama á mi señor padre á almorzar, no viene; tiene un genio muy corto, y estamos perdiendo el tiempo.

El amo, á revienta cinchas, se arrimó á la puerta y dijo fingiendo amabilidad: Venga á almorzar con nosotros, tío Casimiro, no desprecie nuestra compañía ni sea tan uraño. No contestó mi padre una palabra, sino que muy humilde se fué metiendo tras él: entonces acabé yo de paladear mi venganza; pues, como en tono de amistosa reconvencción, le dije: — ¿Qué le ha sucedido, padre mío? ¿á qué viene esa cortedad? Aquí hay más de cuatro personas que lo conocen, y no de ayer acá, saben que ha tenido sus proporciones, que ha figurado entre la

gente decente ; que aunque ahora lo ven sirviendo no por eso deja de ser quien es ; sobre todo, que debajo de esa chamarra de gamuza, palpita un corazón honrado, de un verdadero hombre de bien, ¿ digo bien, señores ? ¿ es esta una verdad ? — ¡ Cabal ! respondió el subprefecto. — Es muy cierto, dijo el señor cura. — Eso se llama hablar en su lugar, expresó el juez de letras. — Bien dicho, exclamó uno de los más ricachos.

El amo se hacía como culebra, y no faltó quien dijera : Ya había extrañado, Sr. López, que no estuviera vd. en rueda. — ¿ Cuántos años hace que nos conocemos, le preguntó el subprefecto, amigo D. Casimiro ? — Ya hace algún tiempo, Sr. Manuelito, respondió. — Algunos pesos le costó la insurrección, ¿ no, amigo López ? prosiguió diciendo el cura. — Poca cosa, señor, replicó mi padre ; como unos treinta mil pesos en reales ; dos haciendas que me quemaron ; la mayor parte de mis parientes fusilados ; otros perseguidos ; alguna sangre de mis venas ; y lo que es más, tener que servir, en casa ajena, para no estar de ocioso, en los últimos años de mi vida. — ¡ Cabal ! eso es muy cierto, siguió diciendo otro ; parece que lo estoy viendo cuando nos agregaron á los Fieles del Potosí, ¡ qué bien le asentaban las charreteras de capitán ; qué cuacos montaba tan de primera ; qué muchachos tan valientes había en ese cuerpo, parecíamos perros como lo seguíamos cuando se arriscaba el sombrero, empuñaba su lanza y nos mandaba dar la carga ! A cual más se empeñaba en ser el primero en repartir lanzazos, echarles á los expedicionarios una lazada al cuello y arrastrarlos hasta donde no pasaban ; entonces se vió lo bueno, señores, que lo diga el Sr. López, no había más trincheras que los pechos de los contendientes.

— Vamos á almorzar, señores, que las señoritas nos esperan, dije yo interrumpiendo la conversación, que para mi objeto principal surtió todos los efectos que me propuse : nos dirigimos para el comedor, coloqué á todos en sus lugares y comencé á servir platos : hasta entonces conocí á la esposa del amo, que por mil motivos se singularizaba : era una cotorra de más de cuarenta y cinco años, muy alta y tan flaca que parecía encañada, de color abronzado, con el cutis tan pañoso, que cualquiera diría que estaba sombreada con humo de ocote : lucía

sobre manera una hermosa dentadura ; y digo hermosa, porque cuatro grandes paletas, y dos desmesurados colmillos muy sarrosos color de almendra, le impedían juntar dos grandes cuanto carnosos labios amoratados y parecía que ya mero se le salían : en un tiempo tuvo bozo bastante obscuro, pero en la actualidad me pareció un pellejo de chicharrón mal chamuscado, notándose unos cuantos bigotes entrecanos ; su nariz robusta y larga era verdaderamente apericada, el color de sus ojos medio verdosos ; continuamente cerraba los párpados papujados, porque decía que era miope ó se acercaba un antejo más grande que un peso, montado con varillas y pie de plata que traía colgado al cuello con una cadena de acero de grandes eslabones ; las cejas desde á media legua se advertía que se las tiznaba ; apenas tenía dos dedos de frente, y la cabeza untada de cierto plaste, que me pareció sebo de carretón ; con las pocas mechitas de su pelo se hacía cerca de las orejas un par de caracoles que detenían dos peinetas con sus varillitas de metal ; y tanto éstas, como la peineta de tres potencias que llevaba en el chongo, que parecía colita de puerco, quedaban bien afianzadas con una ancha cinta de terciopelo que acababa de cubrir su calvicie, teniendo pendientes de sus amoratadas y grandes orejas unos aretes chinescos de más de cuatro dedos : en el cuello ostentaba una gran pelota de carne que llaman vicio, y la adornaba con dos hilos de perlas de gran valor, lo mismo que los dedos largos y descarnados cuajados de buenos cintillos ; vestía un traje de seda verde con multitud de enaguas debajo, mangas abultadas con grandes armazones de género encolado como faroles y una pañoleta blanca de punto ; calzaba zapatos de raso blanco y medias de patente que coloreaban mucho : todo era en esa mujer exagerado. Presumía de ilustrada, bachillera, delicada y haciendo mil contorsiones, afectaba una coquetería y maneras tan repugnantes, que fastidiaba desde el instante de verla : toda se volvía aspavientos, de todo se le resentían los nervios luego luego : daba sobre todo su opinión sin preguntarle, y como la señora de la casa, quería ser la única que llamara la atención. Me he detenido á hacerte esta descripción, porque esa maldita chicharra fué la causa de la irremediable

desgracia que lamento, y me amargaré la vida hasta la muerte.

Conque, volviendo á mi relato, me dediqué á poner platos, servir y obsequiar á todos, hasta el grado de hacerme no sólo el necesario, sino el alma de aquel festín; pues si yo no animaba y armaba bulla con brindis obligando á los demás á imitarme, nadie se alentaba y al instante todos entraban en muda: tomé copas y me puse á ofrecer vino á las señoras, comenzando por la aborrecible arpía, quien se hizo del rogar haciéndome mil visajes, hasta que al fin probó tantito, dándome las gracias hasta con los ojos: seguí obsequiando á las demás mirándolas con atención; había ocho ó diez de buenos bigotes, muy jóvenes, bonitas y rozagantes, singularizándose entre todas ellas otra de más de veinte años, muy delgada, descolorida y enfermiza, que aunque aseada, estaba de enaguas viejas, rebozo lo mismo, comía poco, nadie la atendía, sino que haciendo el más despreciable papel, era el contraste de la elegancia de la vieja y el charlar de las muchachas, quienes no perdían momento de dirigir á aquella pobre mil chanzas pesadas y algunas groserías, que ella parecía que no entendía y sufría resignada sin hablar una palabra: como á una de tantas le ofrecí el vino, ella tomó la copa y la puso á un lado de su plato mirando como llena de temor á D<sup>a</sup> Rufina, esteera el nombre de aquella furia del infierno. Esta, al notar que le ofrecí el vino, hizo un gesto de disgusto y se le ennegreció el rostro de cólera. Todo lo advertí yo, y sin darme por entendido, proseguí en mi tarea; mi asiento estaba enfrente del de aquella mujer tan distraída, y no sé qué secreto impulso me obligaba á estar en ella fijando mi atención: conforme la fuí mirando despacio y comparando una por una sus facciones, fuí advirtiendo en todas ellas una inmensa ventaja sobre las demás, y resaltaba á mis ojos cual una blanca azucena entre un manojo de encarnadas amapolas: era un conjunto de perfecciones, y su pálido semblante, fino cutis, nariz afilada, delgados labios, blanca dentadura, ojos pardos muy apacibles, bien marcada ceja, ancha frente y pelo güero muy fino y abundante, me hechizaban. Sentía nacer en mi corazón una simpatía, que por instantes se fué haciendo una pasión que me

encantaba, no cesando de verla y contemplarla extasiado, con el pensamiento ocupado sólo en ella; tanto la miré y con tal fuego, que conseguí que me entendiera; porque después de haberme visto ella con demasiado interés, bajó los ojos apaciblemente, como dándome á entender que me agradecía la preferencia, y que entendía lo que por mí pasaba. Eso me satisfizo de tal manera, que procuré tener más disimulo, y conseguí que ninguno nos advirtiera: volví después á obsequiar á D<sup>a</sup> Rufina, y mientras la entretenía, mi adorada descolorida de un sorbo apuró el vino que le dejé antes: esto me hizo advertir que había misterio y á toda costa quería descubrirlo. Al estar poniendo platos con mole le hice seña, consultándole si le agradaba aquella ración, me contestó que sí con los párpados; la aparté y á su vez la puse bien acondicionada en el plato que le correspondía; comenzó á tomarlo muy contenta y con bastante apatencia, pero cuando estaba más entretenida, una de aquellas muchachas le vació las sobras de otro plato de guisado sobre su mole, diciendo: Sóplate ese bocadito que te dejó tu Diabolo, causando esa grosera ocurrencia una risa general en las demás malcriadas que se perecían de gusto. Ella, al ver tal grosería, un instante se le coloreó su pálido rostro, retiró el plato sin pronunciar una palabra, me miró con ojos tiernos, se le rodó una lágrima, y agachando la cabeza se quedó inmóvil; aquella furtiva lágrima me llegó al corazón, hubiera dado cuanto me pidieran por recogerla al aire: sentía que las orejas me ardían, y para disimular mi cólera, imité con risa sardónica las risotadas de los demás, aprovechando un instante la distracción de su vecina, le puse mi plato, y cubrí el suyo con otro sucio; comprendió mi objeto y como si tal cosa hubiera pasado, se puso á comer, dándome las gracias con una ligera sonrisa y una mirada complaciente, sintiendo yo á cada instante crecer mi amor y causarme aquella joven un vivo interés que no hallaba á qué atribuirlo, pues pasaba de los límites de compasión: por fin concluyó el almuerzo, y queriendo echarla de galanteador, tomé un ramillete, lo desbaraté, aparté en presencia de ella un clavel disciplinado, y con las demás rosas fuí tomándome la libertad de adornar á las señoras: le puse á la D<sup>a</sup> Rufina tamaña dalia encarnada recargada en

el centro de su grandísima peineta de tres potencias, y al retirarme me dijo amorosamente apretándome un brazo y volteando los ojos en blanco : ¡Qué fino es vd., Pepito! Seguí poniendo á las demás su flor á cada una, y al llegar á mi predilecta, le acomodé en el nacimiento de una de sus prolongadas y hermosas trenzas el clavel que me vió apartar : mientras que yo estaba lleno de frenesí admirando su limpio y fino cabello colcándose, ella con mucho disimulo me puso otro igual en el último ojal de mi chaqueta, lo recogí al instante con precaución, lo arrimé á mi boca y me lo coloqué en un ojal del chaleco; ella se quitó el que le puse, lo besó y se lo prendió en el pecho sobre la mascada. En un abrir y cerrar de ojos nos comprendimos; yo la amaba con delirio y ella no se mostraba indiferente á mi pasión : había hecho más callando, que otros hablando.

Después de almorzar daría principio el coleadero en un prolongado carril inmediato á la hacienda, el ganado tenía determinado su lugar y en el centro del corredero se había puesto un tablado para las señoras y gentes de paz. Yo fuí el que primero estaba listo, saqué estirando mi caballo, y al ver muchas piedras sueltas en el carril, llamé á un sirviente antiguo de la hacienda diciéndole : Oiga, tío Marcelino, ayúdeme tantito á descombrar este sitio, no vaya á ser que nos demos un tropezón con tanta piedra que se ha desprendido de las cercas. — Con mucho gusto, señor, me respondió, y ambos empezamos á juntarlas de uno y otro lado : cuando estábamos en esta faena vi que venían todas las señoras armando bulla : y le pregunté : ¿ Quiénes son todas esas chachalacas, tío Marcelino : vd. debe de conocerlas? — Voy á decirle en un instante : la del verde tan presumida que parece un pavo copetón, es la esposa del amo ; las del morado, azul y la otra verde charrita, son sus hijas ; las dos de blanco y la del amarillo, son la esposa de D. Luciano y sus cuñadas y el resto de ellas, son del pueblo que han venido á la función, — ¿ Y aquella otra pálida güerita, quién es? — ¡ Ay, señor amo! exclamó echando un suspiro, ésa, es, *la loca*. — La loca, repetí con espanto. — Sí, señor D. Pepe, *la loca*. — Pero yo no le advierto síntomas de locura, mas bien creo que algún otro mal padece y por eso

está tan aniquilada. — Así parece, pero no hay duda que está loca, los médicos lo han confirmado y nadie le quita de la cabeza esas malditas ideas de que se la lleva el diablo, que habla con él y quién sabe cuántos más disparates. — Pues, tío Marcelino, hablemos claro, no sé qué tiene esa niña que me encanta, mi corazón me dice que todo tendrá, menos la falta de juicio ; yo soy el que estoy loco por ella, no sé qué misterio se encierra en esto, quiero penetrarlo, me intereso por su bien y la amo con delirio. — ¿ De veras, D. Pepe, no me engaña vd.? — Se lo hablo como lo siento, tío Marcelino, resérvese mi confesión ; y si acaso es que esa pobre criatura le merece algún aprecio, ayúdeme á descubrir ese enredo, á ver si podemos remediar su situación. — Con mil amores, D. Pepe, figúrese que la vi nacer, que la quiero como á mi hija, y ahora que se ofrece lo digo, yo creo lo mismo que vd. que no está de remate, y acá para mis adentros se me figura que esa vieja maldecida la está matando á pausas, que le ha dado algún bebedizo que la está consumiendo ; y como ella, mi amita, la niña Clarita que hoy se celebra, es la única dueña de esta hacienda y otros intereses en la ciudad, quieren quitarla de en medio para que sus propias hijas queden bien puestas ; esa mujer es el mismo Lucifer, fué la pilmama, enredó el trompo con el amo, la madre murió y le da una vida á la pobre niña de toditos los diablos ; es la mofa y el escarnio de todo el mundo, todos la malmiran ; la aborrecen y ya ve vd. en el estado en que la tienen : si mi difuntito amo resucitara y la viera en esas trazas sirviendo de juguete á tanta sabandija, se volvería á morir de berrinche ó de pesar : mírela ya rodeada de esa canalla, estrujándola y queriéndole quitar lo que ella ocultaba en el pecho ; si no se los da por la buena, son capaces hasta de lastimarla. Volteé la cara y efectivamente vi á la infeliz haciendo mil esfuerzos por defender el clavel que yo le dí, con los brazos apretados sufriendo empellones para distintos lados, le eché un brinco á mi caballo y dije : Silencio, tío Marcelino, ahí hablaremos á solas, cuento con vd. Y destapé queriendo dar de caballazos á todas aquellas muchachas malcriadas : al llegar me contuve, y advirtiéndome que ya traían los toros para el apartadero, les grité con toda la fuerza de mis pulmones : ¡ Qui-